



PACEM ET VERITATEM DILIGITE, AIT DOMINUS OMNIPOTENS.

ZACH. VIII, 8.

Nápoles y Marzo de 1848.

Muy Señor mio:—La ilegal é inconstitucional expulsion de los Jesuitas de Nápoles ha excitado una indignacion tan general y tan altamente expresada entre todo género de personas de esta ciudad, por una parte, y por otra los periódicos han manifestado tan hábilmente la escandalosa manera en que por aquel hecho ha sido violada la constitucion del pais; que casi parecerá impertinencia la de un extranjero, como yo, que se atreve á dar en público opinion sobre el particular. Es sabido y lamentado por todos, creo que hasta por los criminales perpetradores de aquel acto, que las leyes han sido insultadas y violadas en aquel hecho, á la vista y casi con la connivencia del Poder Ejecutivo. Dos de los articulos mas sagrados de la Carta que el Rey acaba de otorgar á sus súbditos, han sido rotos; á saber, uno que declara religion única del estado la Católica Romana, y otro que establece la inviolabilidad de los hogares y propiedades de todos los Napolitanos, á no ser que precedan los trámites de derecho para allanar los primeros ó privarlos de las segundas. Todo esto es demasiado claro, para que necesite yo de aducir argumentos en su apoyo; mas como hay un punto relativo á este triste negocio, que me provoca á salir á la palestra, lo hago así declarando en público mis opiniones.

En vano he esperado que algun campeon mas adecuado y digno que yo, saltase á la arena para desmentir las villanas calumnias que se hacen circular contra esos Reverendos Padres, tan indignamente expelidos de este pais. Pero, gracias á Dios, ellos no se marcharán sin que los siga una voz de benevolencia, sin que los acompañe una palabra de respeto hácia sus grandes virtudes, pronunciada en esta ciudad, cuyos intereses mas grandes y duraderos, ellos han procurado adelantar.

Esta voz de benevolencia, esta palabra de respeto, yo soy quien me atrevo á pronunciarla, dirigiendola á V. como un miembro

distinguido del foro Napolitano, V. (según sé) ha lamentado la enorme infracción de las leyes de su patria en esta ocasión; y como ilustrado y zeloso defensor de la libertad constitucional, ha deplorado la manera no menos grave en que ha sido hollada aquella libertad en el mismo caso. V. era un adversario firme y sincero de los Jesuitas cuando estos podían algo, mas ha manifestado una opinión tan moderada y tanta simpatía hacia ellos en su injusta expulsión; que yo estoy seguro de que lo que voy á decir en su defensa, será bien é imparcialmente considerado por V. y por cuantos profesen iguales sentimientos....

Todo lo que ha pasado fuera de las puertas del Colegio de los Jesuitas al tiempo de la expulsión de estos religiosos, es bien sabido de todos; pero como tal vez V. no está bien informado de lo que pasaba entonces dentro del edificio, yo me tomaré la libertad de referirle algunos pormenores; apoyado en las noticias que sobre el particular me ha dado uno de los Padres, y en las que yo mismo adquirí en parte como testigo ocular. En la mañana del viernes 10 del corriente, un grupo conio de 150 jóvenes tumultuarios se presentó á la entrada del Colegio en el Largo di Mercatello, armados con pistolas y puñales; gritando: "Mueran los Jesuitas," y pidiendo que inmediatamente fuesen despedidos los pupilos. El Provincial compareció y dijo: que si el pueblo de Nápoles deseaba que se marchasen los Jesuitas, estos partirían al punto, pues no querían prestar á la fuerza sus servicios á un pueblo que los rehusase. Los bochincheros le obligaron á firmar un papel, en que se decía que al día siguiente se marcharían.

Después de esto el Provincial congregó á los Padres, para dirigirles la última alocución; pero estaba tan conmovido, que no pudo seguir, y únicamente les dijo que parecia llegado para ellos el caso de obedecer aquel precepto del Señor: "Cuando en una ciudad os persigan, huid á otra." Iba á darles algunas instrucciones sobre su ulterior conducta, cuando todo el grupo de jóvenes junto con algunos individuos de la Guardia Nacional, se lanzaron en el salón en que los religiosos estaban reunidos; y se apoderaron de todo el edificio, amenazando á sus moradores con la mayor insolencia. Habiéndose deramado el rumor de lo que sucedía, algunos padres de familia llegaron al mismo tiempo para llevarse á sus hijos y á los de sus parientes y amigos, de modo que todos los alumnos estuvieron dentro de poco, seguros y fuera del Colegio.

Casi á la propia hora llegó el Señor Tofano, Prefecto de Policía que venia del Consejo real, y dirigiéndose al Padre Capellone, le dijo: "¡Ah en que dificultad y peligro os veo! Únicamente puedo aconsejaros que cada uno de vosotros busque su seguridad del mejor modo que pueda, y que uno tras otro salgais al momento del Colegio." Los Padres replicaron: "Pero ¿qué hemos hecho? ¿Por qué nos expulsa el Rey?" El Señor Tofano contestó: "No es una orden del Consejo la que os intimo, es solamente un consejo mio." Mientras duraba es-

ta conversación, algunos de los jóvenes tumultuarios que la observaban á corta distancia; acudieron con la mayor violencia, amenazando de muerte al Señor Tofano, si al punto no despedía á los Jesuitas. Entonces se retiró el Prefecto, quedando los Padres bajo la custodia de la Guardia Nacional. Algunos de ellos intentaron salir, pero fueron obligados á retroceder por los centinelas, cual si fuesen presos. En semejante situación vi yo el Colegio, habiendo obtenido con algun trabajo el permiso de visitar á un amigo que estaba dentro. Las puertas estaban fuertemente guardadas, y los claustros se veían llenos de hombres armados, y los Reverendos Padres todos en la mas desagradable confusión. La propiedad en todo, y el orden que antes de semejantes ocurrencias reinaran en aquel pacífico asilo, estaban destruidos; mas soy testigo de que en ninguno de los Religiosos se notaba por el rostro que tuviese miedo, ni salía una sola palabra áspera de sus labios. La misma serenidad, moderación y cortesía que siempre los distinguieron en la prosperidad, los acompañaban en la adversidad. Ellos pasaron la noche en medio de aquellos peligros é insultos, negándoseles el alimento, sin permitirles volver á sus respectivas celdas, juntos en un salón, encerrados como criminales, amenazados con la violencia contra sus personas; y uno que de necesidad sufrió un vahido, fué ridiculizado y maltratado. ¿Será necesario que yo diga á V., que todo era una abierta violación de las leyes? El día siguiente, después de treinta y seis horas de estar sin comer ni dormir; los Padres fueron lanzados de su morada, cual si fuesen reos condenados á galeras. Yo los ví hasta lo último, pues mediante la benevolencia de un oficial de guardia, pude colocarme junto á los carruages cuando los religiosos subían á ellos; y ni aun entonces los habia abandonado la serenidad y dominio de sí mismos, á pesar de haber sido abrumados por tantas horas de ansiedad y cuidado, y por la falta de alimento y de sueño. Es verdad que sus rostros delicados y llenos de la expresión del talento, aparecían cubiertos con un tinte melancólico (y hasta uno de ellos, religioso joven, al dejar por la primera vez su cara Nápoles, y su Iglesia y convento todavia mas caros, derramaba lágrimas); pero en ninguna de sus frentes se revelaba muestra alguna de temor, culpabilidad, vergüenza, ira ó vituperio. Tranquila y urbanamente fueron tomando sus asientos en los coches, mientras que decían el último adiós á algunos amigos que estaban cerca; con dolor, es verdad, pero también con resignación y afecto. Cuando yo me incliné para despedirme del buen Padre Capellone, este anciano me echó su bendición desde la ventana del coche, con la misma suave y graciosa sonrisa que siempre ví en sus labios, al recibir á los grandes como á los plebeyos, cuando todos estimaban como un honor y un favor el acercársele. Pero es preciso que yo describa una escena mas penosa. El último Padre traído, era un Español muy viejo, tan inutilizado por el reumatismo y cubierto de llagas, que era preciso conducirlo en una silla; pero como la puerta del coche era demasiado

pequeña para que pudiese entrar por ella la silla, los dolores que con los movimientos hubo de padecer el Padre fueron tan grandes, no obstante que los oficiales y circunstantes empleaban el mayor cuidado y delicadeza, que se desvaneció. Los gritos que le arrancaba el dolor eran lastimosos; y á pesar de todo, el Padre sonreía á los que le rodeaban. Ciertamente no se le escapó ni una sola expresion de impaciencia. Por último quitaron la cubierta ó cielo del coche y así introdujeron en él al enfermo, habiendo durado la operacion hasta veinte minutos. Yo compadecia á los oficiales de guardia, quienes no ocultaban la indignacion y disgusto que les causaba todo el procedimiento; y estoy seguro de que ninguno de aquellos bizarros Suizos dejaria de preferir el estar todo un dia al fuego de una batería Austriaca, ántes que desempeñar otra vez un papel tan degradante como aquel. Se me ha dicho que el embajador Español reclamó dos veces al citado religioso su paisano, pero que le fué negado. Si este hubiese sido súbdito de una potencia mas fuerte ¿se habria hecho lo mismo? Aquel anciano fué el postrero en llegar á los carruages; los cuales, inmediatamente despues de colocado él en uno de ellos, se pusieron en marcha como una procesion fanebre por las calles de Nápoles hasta la bahia, en medio (debo decirlo) de un respetuoso silencio que guardaban todos, y de las lágrimas que derramaban muchos. Jóvenes y ancianos, novicios y profesos, napolitanos y extrangeros; todos fueron expulsos, como si se les reputase reos convictos.

Yo marché á Mole, tomé un bote y me dirigí al punto en donde los religiosos debian ser embarcados. La brisa estaba fuerte, ningun otro buque salia del puerto y era tal el temporal, que ningun buen marino, á no ser por necesidad, se habria hecho á la vela con él; pero aquellos pobres sacerdotes, algunos de los cuales quizá nunca se habrian visto en el mar, fueron sin piedad lanzados á la borrasca en un miserable vapor. Mas ni aun en semejante ocasion les faltó su tranquilo valor. Ningun experimentado marinero habria subido al bote con paso mas firme que aquellos desterrados religiosos. En esta forma fueron enviados como presos á Baía, para aguardar allí nuevas órdenes de sus perseguidores. El dia inmediato, fué enviado un vapor mas grande para su uso, y aun se les permitió ir á tierra; pero tratándolos todavia como reos, fueron llevados presos al castillo de aquel puerto. Allí recibieron pasaportes de Lord Napier para ir á Malta, y yo confieso que me envaneí y aun me envanezco de que el único punto de reposo que han podido encontrar estos pobres Jesuitas perseguidos, sea uno que esta bajo el pabellon de la protestante Inglaterra; de la Inglaterra libre, leal y justa.

Ahora bien, Señor mio, considere V. esta sencilla relacion de los hechos, la cual he procurado que sea la mas sucinta posible. En primer lugar se ha cometido un atentado absolutamente ilegal, aunque Nápoles no tuviera Constitucion; pero teniéndola se han violado dos de sus mas sagrados artículos, que yo mencioné arriba. El primero,

que declara religion única del estado la Católica Apostólica Romana, ha sido quebrantado, por el insulto que á esta religion se ha hecho, procediendo de tal manera contra una de las órdenes religiosas que ella ha aprobado, alabado y rehusado disolver últimamente. El segundo, ha sido hollado de un modo tan grosero, que ni aun necesito hablar de esto. Tambien se ha faltado á un pacto, que es el Concordato entre el Papa y el Gobierno Napolitano; y además se ha ofendido á los Embajadores y Ministros de otras Potencias extrangeras, negándoles la entrega de sus respectivos nacionales que eran del número de los Jesuitas. Aquí tiene V., por tanto, conculcadas las relaciones diplomáticas, un tratado solemne con el Gefe de la Iglesia, la nueva Constitucion del pais, sus antiguas leyes; y lo que mas es, la ley de Dios que manda guardar equidad y caridad hácia todos los hombres, y especialmente exige que la religion sea honrada en las personas de sus ministros.

Pero ¿quiénes son esos hombres para cuya expulsion han sido hollados tan sacrosantos derechos? Los periódicos de Nápoles, hasta los radicales, confiesan que no podia acusárseles Extraña cosa es, y sin embargo, cierta; no hay una corporacion cuyo género de vida y diarias ocupaciones sean mas conocidas en Nápoles, que los Jesuitas. Su nombre está en boca de todos, todos han oido ú leído algo contra ellos; mas ¿cuántos son los que han leído siquiera una linea en su defensa, ó tomádose el mas ligero trabajo para averiguar qué verdad hay en las acusaciones que contra ellos se producen? Exáminense estas acusaciones: ¿habrá cosa mas vaga ó ménos satisfactoria? Por ventura ¿tiene alguien recuerdo de que en Nápoles haya sido algun Jesuita delatado ú acusado por delito ante cualquier tribunal? ¿Se ha hecho alguna vez cargo á algun religioso de aquella órden por faltas en politica? ¿Puede algun hombre en Nápoles levantar el dedo señalando cualquier crimen que se pueda imputar á algun Jesuita, de modo que se le convenza en un juicio? Por mi parte declaro que jamás he oido una acusacion contra los Jesuitas, capaz de sostenerse, si se la sometiese á las repreguntas del mas jóven de los abogados ingleses.

Desearia yo que estos religiosos solicitasen ahora del Gobierno tres cosas: 1.ª Que se publicase un inventario de todo, todo cuanto se encontró en el Colegio despues de su expulsion, del estado en que se hallaba el edificio y del género de vida que por su disposicion y menage deben haber guardado sus moradores: 2.ª, una cuenta exacta de sus rentas, con informe de su procedencia; y 3.ª, que si se presenta alguna acusacion contra uno ó mas de los religiosos, se permita al acusado ú acusados volver para ponerse cara á cara frente á sus acusadores, delante de los jueces de la nacion. No necesito decir que el concederles esto, no seria mas que administrar justicia seca; y aun añado que despues de los rumores que los papeles de Génova y los de esta Capital han circulado sobre lo que se encontró en el Co-

legio de aquella ciudad, el Gobierno de este pais está obligado á hacer lo que indico, aunque los Jesuitas no lo pidan. Será una vergüenza para el Gobierno Sardo, si á consecuencia de las indicaciones de los papeles citados de Génova, no ordena se practiquen, en la forma indicada, jurídicas informaciones acerca del Colegio referido.

He aquí unos Gobiernos constitucionales que ayer nada ménos, juraron que la religion Católica Romana, es la única de sus estados; y que hoy permiten que contra las leyes y sin formacion de causa, sean expulsos muchos religiosos ministros de su culto. Tambien toleran que estos ministros de su creencia, despues de expulsos sean calumniados de la mas villana manera; cuando las autoridades tienen en su poder los medios de refutar semejantes calumnias. De consiguiente, si no hacen uso de estos medios, diciendo todo lo que oficialmente les consta acerca de los Jesuitas; quedarán para siempre deshonrados á la faz del mundo, tanto como hombres, cuanto como gobernantes cristianos.

Mientras que se hacen estas publicaciones oficiales, permita V. á un extranjero y ministro de otra religion que no es la Católica, referir lo que ha logrado averiguar, respecto á los Jesuitas de Nápoles.

Sirva de preliminar que cuando yo salí de Inglaterra, hace tres años, estaba lleno de preocupaciones como todos mis paisanos, contra los Jesuitas. Yo admiraba en el Catolicismo muchas cosas, pero detestaba á estos religiosos. Pensaba que cada Jesuita era la mentira encarnada. Consideraba que todos ellos tenian aquel carácter que todo inglés aborrece, expresándole en la acepcion popular de la palabra «Jesuitismo.» Pero al viajar por Europa, observé cuatro cosas: 1.ª, que las Iglesias de los Jesuitas se mantenian en mejor orden y eran mas frecuentadas; 2.ª, que estos religiosos parecian ser los confesores y predicadores favoritos de los pobres; 3.ª, que los hombres de bien hablaban bien de ellos; y 4.ª, que los malos los desacreditaban. Estas cuatro cosas observadas por mí generalmente en cuanto es permitido á un viajero, conmovieron mis preocupaciones; de modo que cuando llegué á esta ciudad de Nápoles estaba ya preparado para averiguar, si el odio extremo á los Jesuitas no nace en nosotros los protestantes ingleses, de un temor al Papismo cuyos mas zelosos propagadores son estos religiosos; así como en los paises católicos nace, segun me parece cierto, de un desafecto é indiferencia hácia toda religion. Acuérdomé bien de un caballero de Berna, protestante, de rango y fortuna, que me dijo: «El grito contra los Jesuitas en Suiza, es un grito contra el cristianismo y contra todo orden. Los enemigos de ambas cosas, saben que mientras existan en los cantones Católicos las escuelas de los Jesuitas, ellos no pueden revolucionar la Suiza. Es tiempo, pues, de que cada persona escoja su puesto en pro ú en contra del cristianismo y del orden social; y aunque yo soy Protestante, me he puesto á la parte de los Jesuitas, sabiendo bien que de su lado está la religion y la verdadera libertad.»

Tales fueron las expresiones de un ciudadano Suizo bien informado, proferidas hace tres años; y ¿no es verdad que los sucesos han correspondido á ellas? ¿No ha sido insultada la religion en las personas de los ministros protestantes de Vaud, como lo fué en las de los sacerdotes católicos de Friburgo, Lucerna y el Valais? ¿No está trastornado todo el orden social en Suiza, de donde to la verdadera libertad ha desaparecido bajo la vara de hierro de una minoría tiránica?

Pues bien. Señor, como decia; yo llegué á Nápoles muy interesado en la cuestion de Jesuitas, y dispuesto á oír, leer y observar cuanto pudiese, en su favor y contra ellos. Aconteció que el primer eclesiástico con quien se me puso en relacion era un Jesuita. El hablaba perfectamente el inglés; y emprendió enseñarme el italiano; pero mal año para mi adquisicion de este idioma, porque totalmente le abandoné para ocuparnos de discusiones teológicas. Sin embargo, esta circunstancia me proporcionó oportunidad de ver mucho, sobre su sistema y método de vida. Yo iba tres y cuatro veces al Colegio cada semana, sin señalamiento de hora, con invitacion ó sin ella. Acostumbraba andar con tanta libertad por aquel Colegio, como por cualquiera de Oxford y Cambridge, dirigiéndome á la celda de mi amigo, y si éste no contestaba á mi llamamiento, me paseaba ó me sentaba á aguardarle, hasta que él llegaba ó yo me cansaba de esperar. Digo todo esto para desmentir la acusacion de secreto, pues en realidad nada era mas fácil que la entrada de aquel Colegio. Y ¿qué observé en tan frecuentes visitas, á todas horas de mañana y tarde? Invariablemente la misma cosa: orden y laboriosidad en todos, una quietud y tranquilidad que serian notables en donde quiera, y mucho mas agradables en Nápoles que en ninguna otra parte. Pasando por los claustros, se podia ver ya á unos Padres trabajando seriamente con las puertas medio abiertas, ya á otros caminando con presteza á sus diferentes quehaceres. ¿Cuáles eran estos? Hágase esta pregunta en las cárceles y hospitales, hágase á los pobres, inquierase de los sordomudos, mírense los confesonarios de sus iglesias y los púlpitos de estas y otras muchas, examínense sus escuelas. ¡Ah! esto no podrá hacerse ahora por la expulsion, pero hablamos de cosas que acaban de pasar. Yo no puedo olvidar la primera vez que entré en aquellas escuelas, que fué cabalmente á la hora de recreacion y los niños mas tiernos estaban jugando. En el momento en que nos presentamos, sus rostros se animaron; y corriendo vinieron á encontrar al superior y otros Jesuitas que nos acompañaban, manifestándonos el mayor afecto con besarles las manos y colgarse de sus sotanas. Cada niño procuraba atraer sobre sí una benévola mirada de sus maestros. Los de mas edad mostraban la misma confianza afectuosa y respetuosa, ya cuando estábamos en el terrado, ya cuando nos volvíamos. Es imposible que ningun padre sea saludado y recibido mas amorosamente, que lo fueron estos institutores por los jóvenes puestos á su cargo. En una sala estaban dos jóvenes abisinios, rescatados de la esclavi-

tud; pero como acababan de venir de su país, parecian salvages y es-pantadizos. Otro dia volví á verlos, y ya manifestaban la misma con-fianza y amor que los niños italianos. Estos últimos eran pensionis-tas; los cuales, como V. sabe, pertenecian en su mayor parte á la clase distinguida. Pero además, los Jesuitas tenian escuelas públicas, en donde mil y quinientos niños del pueblo, recibian diariamente una enseñanza gratuita; y aun algunas veces, se daba de comer á los mas pobres.

Ahora en cuanto á la clase de educacion que daban, diré: que el año pasado tomé á uno de los mas aventajados estudiantes de Ingla-terra, que por una temporada vino á Nápoles, y le conduje á aquellas escuelas. El examinó á algunos de los niños tanto en griego como en latin, especialmente en el primer idioma; y despues me dijo que aquellos niños eran capaces de dar honra á cualquiera aula pública de Inglaterra. Preguntaré ¿cuál era la disciplina de aquellas escue-las? Castigo corporal *nunca*. Sin embargo, yo me he hallado pre-sente cuando estas solas palabras: "*Pero hijo mio,*" dichas en tono de cortés reconvenccion, han sido suficientes para cubrir de dolor y con-fusion á un niño, por alguna falta que habia cometido. Tal es el sis-tema de estos Padres, en donde quiera que ellos tienen escuelas; sis-toma de industria y disciplina, mantenido y hecho eficaz por el amor. Apelo á cuantos han sido educados por Jesuitas en este ó en otros países, para que digan si no es esta la verdad. Se les acusa de em-plear este método, para enagenar el afecto de los niños á sus padres. Pero padres que por muchos años han tenido á sus hijos bajo el cui-dado de aquellos religiosos, declaran que al volver á sus casas los han encontrado mas amantes y respetuosos. Apelo tambien á los padres de familia, para que digan si no es así. Lanzados los adversarios de los Jesuitas de estos dos atrincheramientos, los acusan de que tienen cierta mira ulterior, procurando ganar de este modo el afecto de la nobleza jóven; pero la benevolencia de estos religiosos es igual para con el hijo del jornalero y para el jóven hijo de un rico, con lo cual lo mismo ganan el afecto del niño abisinio redimido de la servidum-bre, que el del heredero de un pingüe mayorazgo.

Mas aun, respecto á los jóvenes educados por Jesuitas: ¿qué po-sicion toman generalmente en la sociedad, despues de terminada su educacion? No podré yo responder á esta pregunta, por mis obser-vaciones personales; pero si diré que estoy informado de que son los mas aventajados profesores de griego y de latin que hay en el país, aunque se les acusa de haber aprendido una filosofia anticuada y no conforme á su tiempo. Precisamente se hace la misma acusacion contra nuestras Universidades de Oxford y Cambridge; pero á pesar de eso los discípulos de ellas, son los que toman luego la direccion de nuestros negocios públicos. Yo podria presentar una lista de nues-tros mas grandes hombres, que á la edad de veinte y un años no eran mas que buenos estudiantes (limitando el término de la literatura clá-

sica) y no habian aprendido otra filosofia que la de Aristóteles y Pla-ton. De consiguiente, si semejante sistema de educacion es una fal-ta en los Jesuitas; la cometen tambien las Universidades mas céle-bres del mundo. Mas no entraré en cuestion tan extensa.

Durante los dos años últimos, el Padre amigo mio, no residió en el Colegio; sino en aquella parte del edificio llamado propiamente "*il Gesu,*" que era la morada de los Profesos. He tenido, pues, oca-sion de ver lo que al á sucedia tambien; y puedo dar asimismo un tes-timonio de que reinaba igual orden y laboriosidad, sencillez de vida, franqueza y facilidad de entrada, que segun ya dije reinaban en el Colegio. En el invierno próximo pasado, tuve costumbre de ir con uno ú dos ingleses, amigos míos, á pasar una ó dos horas de la tarde en discusiones religiosas con el Padre Costa. Nunca señalamos de antemano la visita, sino que las haciamos segun lo estimábamos oportuno á fin de encontrarle; y todos nosotros podemos afirmar del modo mas positivo, que no solo no vimos cosa alguna que pudiese ex-citar sospecha, sino que cuanto vimos y oimos era de tal naturaleza que hacia imposible abrigar ninguna. No es mi ánimo ofender á na-die cuando digo que aquellas tertulias con el Jesuita, ya se las consi-derase bajo el aspecto religioso ú literario, fueron las mas *intelectua-les* que yo he encontrado en Nápoles. Es verdad que cabalmente la gran superioridad intelectual de estos religiosos, es la que me hizo buscar su sociedad en Nápoles. Tratándolos conocí que en cierto sentido, tiene mucha fuerza la definicion que el Dr. Johnson dá de un Jesuita. "Es un hombre mas hábil que tú."

A veces he llevado comitivas de ingleses á ver todo el estableci-miento, y ellos se han manifestado asombrados y complacidos de cu-nto veian y oian; diciéndome despues, que los Jesuitas eran los únicos que con sistema se ocupaban en la educacion del pueblo de Nápoles. Tambien he llevado con frecuencia algunos ingleses pro-testantes á la iglesia de aquellos religiosos, y apenas podian creer lo que veian; pues las mas sólidas y gloriosas verdades del Evangelio, eran anunciadas con toda la elocuencia y el fervor que distinguen á estos buenos Padres. No ménos sorprendia á mis paisanos y correli-gionarios, la concordia con que respondian las cinco mil personas que oraban juntas en la misma iglesia. Yo he asistido al oficio divino en todos los países de Europa; pero en ninguna parte he visto que se haga una cosa tan eficaz para mover y levantar el alma como la Le-tanía en la iglesia de los Jesuitas de Nápoles. El eco y el fervor de aque-lla voz *única* de la congregacion de fieles, voz de millares y sin em-bargo unisona y como nacida de un solo corazon, es imposible de olvidar. ¡Oh! si todos los acusadores de esos santos religiosos hubie-sen siquiera aprendido á arrodillarse en aquella iglesia, para aspirar el aroma dirigido al cielo, en la humilde oracion: *Agnus Dei qui tollis peccata mundi, miserere nobis!* ¡Concédales Dios que todavia lo aprendan!